

# MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS: UNA GEOGRAFÍA ETERNA Y LA CONTRUCCIÓN HISTÓRICA

**Juan Pablo Calderón Patiño<sup>1</sup>**

La vecindad geográfica entre Estados, representa una realidad que marca sus relaciones en diversas aristas. Así lo ha sido la frontera que en poco más de 3.000 kilómetros divide a México y los Estados Unidos.

La geografía, inamovible para ambos países, es una condición para ejercer la creatividad y poder tejer los diversos canales de entendimiento, comunicación y también la resolución pacífica y civilizada de conflictos, que por la densidad de la relación, la historia ilustra que aparecen y nunca tienen tregua. Sólo la labor política y diplomática representa la solución. Sólo las estructuras democráticas y soberanas de cada nación, pueden coadyuvar al entendimiento que reconoce también la necesidad de marcar el rumbo nacional de cada país.

México y los Estados Unidos, no sólo tienen límites geográficos que dividen sus respectivos Estados. Las fronteras son también culturales, civilizatorias, de cosmovisión y profundamente sociales en cuanto a las desigualdades de desarrollo que cada nación mantiene.

La integración comercial alcanzada e institucionalizada en un Tratado de Libre Comercio, que junto con Canadá formalizan el bloque norteamericano desde 1994, no es el muro que impida que cada nación guarde la capacidad soberana de conducir su destino, incluyendo la conveniencia o no de tener un mayor nivel integración comercial. Cosa que en el mediano plazo parece imposable.

A 16 años del TLCAN, las grietas que le impuso nuevos bloques comerciales más dinámicos (como China y su fortaleza en el Sudeste Asiático o la Europa Comunitaria ampliada a 27 miembros), son palpables por el reto de ampliar la competitividad y las redes de infraestructura y logística en América del Norte. Sin embargo, muchos siguen obstinados en el vasto caudal cuantitativo de lo que representan los Estados Unidos para México, como el que el país más poderoso del mundo capta más del 80% del comercio exportador mexicano o que el capital estadounidense en Inversión Extranjera Directa en el país con menos desarrollo en Norteamérica, sea de más de la mitad de lo invertido. Ni que decir de los mayores flujos migratorios del mundo que están entre las fronteras.

A mediados del presente mes, se realizó en Campeche, la XLIX Reunión Interparlamentaria México-Estados Unidos. A casi medio siglo de existencia de este mecanismo entre homólogos parlamentarios, se desprenden dos lecciones claves que hay que resaltar. La primera, su institucionalización en la relación bilateral, que recuerda que el diálogo entre estructuras oficiales no sólo transita entre los titulares de los respectivos Ejecutivos Federales. La segunda, la capacidad de inclusión política y regional que per

---

<sup>1</sup> Analista político mexicano.

se existe en las Delegaciones nacionales de los dos países con sistema bicameral. Sin duda, este vínculo junto con la Conferencia de Gobernadores Fronterizos, coadyuva no sólo al diálogo político sino también a conocer las impresiones netamente regionales binacionales, en el caso de esta última y nacionales en cuanto a las Interparlamentarias.

A casi medio siglo de la primera Reunión Interparlamentaria, el mundo ha cambiado con fuerza e intensidad. También lo han hecho México y Estados Unidos, que hoy no sólo buscan entendimientos enmarcados en la interdependencia, como lo ilustran la “sincronización de ciclos económicos y productivos”, sino también en viejos desafíos y nuevos retos.

A casi dos décadas desde que empezó la negociación entre México y Washington para el TLC en Norteamérica (dado que ya había un Tratado antes entre Estados Unidos y Canadá), Carlos Salinas no se cansaba en mencionar que México por primera vez exportaría mercancías y ya no personas. Hoy la realidad demuestra que casi medio millón de mexicanos (despertando nueva migración calificada que mina la oportunidad de México del llamado Bono demográfico), intentan migrar año con año.

Es oportuno recordar lo que bien dice el economista Antonio Gazol: el TLCAN no abrió la oportunidad de México para acceder al mercado más dinámico del orbe, pues antes de 1994 México ya tenía acceso en gran parte a ese mercado, además de los montos de dependencia histórica en su comercio exterior.

A contracorriente del tema migratorio que no sería negociado en el TLCAN, México cerró el tema energético. O bien, al revés, se dejó puesto en claro dos intereses estratégicos para ambos países. Intereses que se transformarían para Washington después del 11 de septiembre, en seguridad. Para México, la deuda pendiente del desarrollo. Más allá de los gobiernos de turno en México, la gran asignatura es ¿cómo tejer una nueva relación con los Estados Unidos, en un proceso democrático que escape a coyunturas y al peso de personalismos presidencialistas mal identificados como posiciones de Estado?

A finales de los ochentas y en la década de los noventa, se tuvo la inteligencia de saber darles avenidas propias a cada temática, para de esa manera impedir que un tema contaminara toda la agenda bilateral. Se logró “desnarcotizar” la agenda. Después con Fox se “migratizó”.

El déficit social y las desigualdades sociales, plantearían la lógica de tener una calca de los modelos de la Unión Europea en compensación al desarrollo y que tuvieron éxito en España, Irlanda, Portugal, etc. No obstante, la misma fórmula es difícil de calcarla en América del Norte, en buena parte porque los esfuerzos integracionistas ni son tan avanzados y no hay interés de integraciones con mayor calado político. La razón indica que la originalidad y caso único en el mundo (¿Cuántos viven junto a la potencia? de América del Norte, harán que el pragmatismo estadounidense en aras de una gobernabilidad y desarrollo en la región se haga algo al respecto. Otra interrogante se desprende: ¿Qué va ofrecer México a cambio? y entre el nacionalismo mal entendido y la casi anexión que plantean personajes sólo por el hecho del cordón económico y comercial, la pregunta del millón ¿Cuál será el siguiente peldaño hacia la integración?. De nueva cuenta citando a Gazol ¿le daremos rumbo (agregaría el que escribe esto, con esencia nacional)?

El gobierno federal de México, fue insistente ante los legisladores mexicanos para decir en la pasada Interparlamentaria, que nuestro país es el socio idóneo que necesita los Estados Unidos. Primera falla, dar como orden y sentencia lo que creen que es verdad nacional. Segunda falla que va más allá del encuentro entre parlamentarios, la

incapacidad para convocar como gobierno federal a poner en la agenda nacional ¿Qué queremos con los Estados Unidos en el siglo XXI?

Es bien sabido que gobierno que no moviliza al consenso nacional, es un gobierno cojo y a punto de cerrar la puerta. Ni hablar de que pueda tener visión de Estado.

En la necesidad de buscar una nueva vía con Washington, independientemente del 2012 y de los siguientes sexenios, México no puede estar aislado y devorándose sólo en el inmediatismo. Al compás de eso, los mexicanos debemos desobedecer esa oración de que tenemos que convencer a los Estados Unidos de que somos su mejor socio. Primero tracemos nuestra ruta de navegación y reconozcamos que por más abierta que este la válvula a la migración poniendo un terrible “darwinismo migratorio”, por mas porosa que se encuentre la frontera a armas de fuego o que nos seguimos “desviando” por los enormes flujos del comercio, sin mirar que lejos de diversificar nuestras exportaciones, somos más dependientes de un solo país y en consecuencia de su “convergencia macroeconómica” como le gusta decir a Jaime Serra.

Reconozcamos la urgencia de no perder la esencia nacional. Ocupémonos de nuestros problemas internos que son la mayor vulnerabilidad en nuestra soberanía y destino. El mayor riesgo a la seguridad nacional del Estado mexicano está en casa, así lo han dicho los especialistas en la materia.

La lucha contra el flagelo de la pobreza, la desigualdad, la pobreza política y el “Estado secuestrado” son los mayores pendientes de México y si no los sabemos enfrentar con Política de verdad, no podremos tener fuerza para negociar con los Estados Unidos, que de paso respeta al país que se deja respetar.

¿Qué sería México si no hubiera tenido la frontera con los Estados Unidos frente a su incapacidad de generar empleos bien remunerados? La corresponsabilidad es entendida, cuando no se piensa que el vecino mayor lo haga todo, sino en su capacidad en que cada quién haga lo que tiene que hacer y eso es soberanía para entender la responsabilidad compartida en las realidades en donde tenemos una interdependencia.

El artero asesinato del candidato del PRI a Gobernador en Tamaulipas, es una afrenta al México que aspira a ser democrático, y es un mal augurio para entendernos soberanos frente al vecino del Norte, que “casi escucho el estruendo de las balas” por la cercanía con su territorio.

Nuestra vulnerabilidad interna no nos puede dejar con la soberanía como anhelo. Rescatar al Estado mexicano, reactivar las causas nacionales y recuperar a la política, incluida una pendiente nueva institucionalización para el poder democrático, es el único camino que pavimenta una legitimidad responsable con los mexicanos que vendrán, pero también en poder tener un nuevo diálogo con Estados Unidos, en el que no sea necesario convencerlos con fuegos de artificio, que somos los socios que ellos quieren. Primero, sepamos los mexicanos que queremos de nosotros.